

Robyn S. Metcalfe

**Meat, Commerce and the City: The London food market, 1800-1850**

Londres, Pickering & Chatto Publishers, 2012, 248 páginas.

A principios del siglo XIX Inglaterra era el centro de la industrialización europea y uno de los territorios más urbanizados. Londres, a la luz del primer censo moderno en 1801, alcanzaba el millón de habitantes. Urbanización e industrialización caminaron a la par a lo largo del siglo XIX en la mayoría de las sociedades europeas. La historiografía ha ido prestando atención a las múltiples dimensiones de este doble proceso. Una de éstas es la relacionada con el abastecimiento de unos centros urbanos en expansión demográfica por la demanda de mano de obra de las fábricas y de otros sectores de actividad relacionados. Todo ello supuso un reto para sus gobernantes, al inducir cambios en las antiguas –pre-industriales– formas de organizar la provisión de alimentos a sus habitantes. El estudio de la alimentación de las ciudades admite una diversidad de enfoques. En términos generales podrían distinguirse dos grandes aproximaciones: la monográfica y, por tanto, centrada preferentemente en un tema, por ejemplo la reconstrucción de las dietas o las estructuras de consumo; y la más transversal, dedicada a abordar un determinado aspecto mediante la combinación de distintas perspectivas temáticas. *Meat, Commerce and the City* debe situarse en esta segunda aproximación. Su autora es la profesora del departamento de Historia de la Universidad de Austin (Texas), Robyn S. Metcalfe, especialista en historia de la alimentación.

El libro se compone de siete capítulos y un epílogo, presentados en una secuencia lógica al servicio de dos objetivos. Uno, de carácter más general, tiene como propósito el estudio de la relación entre los mercados de alimentos y los cambios en los paisajes urbanos, fruto de la combinación de cambios económicos, sociales y políticos que acompañó a la revolución industrial. Otro, de alcance más específico, se concentra en el debate producido en la ciudad de Londres entre 1800 y 1850 sobre el cambio de ubicación del mercado de ganado. Se trata del traslado desde su antigua localización en Smithfield –próximo a la City– a una nueva, al norte de la ciudad, en el distrito de Islington. La misma autora advierte que el libro se ocupa de examinar el juego de intereses públicos y privados que conformaron una discusión pública que, como se ve, duró medio siglo. En los dos primeros capítulos se describe el funcionamiento de dicho mercado, el denominado «Sistema Smithfield». Por una parte, se reúnen los antecedentes históricos y se expone con detalle el modo de aprovisionar de carne a la ciudad a principios del siglo XIX. Por la otra, se estudian las pautas de consumo. A partir del tercero se aborda el proceso de debate propiamente dicho. En éste se reúnen antecedentes de iniciativas legislativas y tomas de posición de los sectores implicados, en relación al cambio de su localización entre finales del siglo XVIII y las dos primeras décadas del siglo XIX. Los capítu-

los cuatro, cinco y seis, proceden a un análisis de los argumentos empleados cubriendo los tres grandes temas de preocupación en la época: los transportes y las comunicaciones; el saneamiento y la salud pública; y, por último, la moralidad o los comportamientos públicos de los grupos sociales y profesionales relacionados con el negocio del ganado y la venta de carne. El séptimo describe cronológicamente las últimas fases del debate, entre los años 1840 y 1855. Muestra cómo y quién adopta la decisión final sobre el traslado del mercado a Islington, las consecuencias y, en definitiva, el proceso que terminará con su inauguración en un acto solemne presidido por el Príncipe Alberto y miembros del Parlamento británico. Un epílogo cierra el texto y en él se conecta la historia con los retos y discusiones actuales sobre el futuro de un espacio que, diseñado a mediados del siglo XIX, debe integrarse en las necesidades de una urbe del siglo XXI.

Más allá de esta composición por capítulos, el libro puede entenderse estructurado en torno a dos grandes ejes temáticos. Uno, tal como se ha dicho, discurre por la reconstrucción minuciosa del debate sobre la reubicación del abastecimiento de carne en el Londres de principios del Ochocientos. En efecto, cinco de los siete capítulos de la obra están dedicados a describir y analizar este asunto. A lo largo de sus páginas se ofrece una contextualización histórica, se identifican los actores involucrados, se sistematizan los temas centrales en discusión y se reconstruyen los hitos principales del debate. La discusión sobre el futuro del mercado de ganado de

Londres a partir de 1800 no puede desligarse de los cambios económicos, políticos y sociales que tienen lugar en los primeros decenios del siglo en Inglaterra. El despliegue de las nuevas tecnologías, desde el ferrocarril al empleo del hierro en la construcción, la formación de las clases medias y la irrupción de la opinión pública en el debate político resultarán, a la postre, condicionantes de la decisión final. Los actores del debate son los grupos de interés económico (vinculados al comercio del ganado), los gobiernos y la opinión pública (los expertos y los consumidores). Los contenidos en la discusión sobre el mercado de Smithfield se refieren a tres grandes temas. Uno sería el relativo a la funcionalidad de su localización. Otro estaría relacionado con lo que podrían denominarse las externalidades positivas o negativas de su actividad, con especial atención a estas últimas, en conexión con las preocupaciones de la época sobre salud pública y la moralidad de los participantes en las actividades comerciales, incluyendo el trato a los animales. Finalmente, también debe considerarse el diseño del nuevo espacio urbano que la formación de la ciudad industrial moderna requiere.

R. S. Metcalfe ha realizado un verdadero tour de force en el acopio de fuentes primarias para sumergir al lector en un laborioso y sutil proceso de toma de decisiones que finalizará el año 1850 con la conclusión de un informe de la Cámara de los Comunes recomendando el traslado del mercado. Parte substancial de la tarea de la historiadora en esta obra es desentrañar una maraña de conexiones y propósitos en relación

a los beneficios y costos del aprovisionamiento de carne en una gran metrópoli como Londres. Con ello quiere mostrar lo contingente y volátil de las diversas opiniones y posiciones que se van manifestando lo largo de una discusión de medio siglo. El ritmo de la reforma del mercado de carne y de la morfología urbana, con el respectivo juego de intereses políticos y sociales, si bien marchan en paralelo y están conectados en términos generales, resultan muy independientes en términos de sus respectivas secuencias de desarrollo. La posición de la autora al respecto es explícita: el debate en cuestión no es la expresión de ningún conflicto de clases.

En el segundo eje temático del libro se explora el funcionamiento de un mercado de esas características, esto es, el juego de las fuerzas de la oferta y la demanda que lo impulsaban. La geografía del aprovisionamiento de carne a Londres alcanza escala nacional a principios del siglo XV, cuando la llegada de ganado moviliza a territorios lejanos en Gales o Escocia. Pero será con la irrupción de la revolución agrícola y otros cambios en la organización de los recursos rurales, cuando el tamaño y productividad de la ganadería aumenten. Como se recuerda en la obra, hacia 1800 los agricultores y ganaderos británicos se habrían convertido en más productivos que sus ancestros. En el siglo XIX, la cría de ganado ya empieza a verse como una tarea metódica y racionalizada según las orientaciones de las ciencias relacionadas con la agronomía. La comercialización a través del mercado y, en concreto, en el espacio urbano reservado en Smithfield recibe una des-

cripción detallada y muy completa en este libro. En ella se distinguen tres niveles: el geográfico (relativo a la localización y el acceso), los agentes económicos (básicamente, ganaderos, vendedores y carniceros) y el institucional (el gobierno de la ciudad y el Parlamento británico). La formación de los precios, el papel de los intermediarios como mecanismo de conexión entre productores y consumidores son también tomados en consideración. La información estadística sobre el mercado y el consumo de carne en Londres para el período cubierto por esta obra no parece del todo fiable. Aún así las evidencias permiten afirmar que oferta y demanda se ajustaron y, además, evolucionaron de forma equilibrada, con un consumo medio por habitante entre 40 y 68 kilogramos per capita. Los pocos datos más las informaciones cualitativas certificarían que el «sistema Smithfield», junto a otros canales que también proporcionaban este alimento, permitió satisfacer la demanda de una población que, en la primera mitad del siglo XIX, crecía a una tasa del 1,8% anual.

Una apreciación crítica de esta obra debe partir de la siguiente consideración: no es una historia del consumo alimentario de carne, ni del funcionamiento del conjunto del mercado de alimentos en Londres, como reza una parte del título, es decir no aspira a reconstruir estadísticamente la evolución de las dietas de los habitantes de una ciudad. No es, tampoco, una geografía económica, que indague sobre los determinantes y las consecuencias de la localización urbana de las actividades relacionadas con el abastecimiento de carne en

Londres. Parece más ajustado considerar la aportación de este libro en la línea de una historia urbana de la alimentación, esto es, una investigación de los efectos que la administración del aprovisionamiento de alimentos tendría sobre la morfología de una ciudad industrial en formación. Al servicio de este propósito, R.S. Metcalfe ha hecho un notable despliegue de erudición y de capacidad narrativa. En este punto, debe reconocerse su habilidad para pasear al lector a lo largo de un entramado de múltiples referencias y descripciones detalladas sin producirle fatiga. Del ejercicio narrativo emerge incluso algún detalle literario, como cuando advierte que los miembros de un comité dieron su testimonio unos días «calurosos y húmedos» del verano de 1828. La aproximación narrativa es una opción historiográfica. Ahora bien, como contrapunto de la misma se echa en falta una perspectiva más «científico-social», que hubiera permitido diseñar un marco explicativo más acabado de los comportamientos observados en el debate. Un lector instalado en aquella perspectiva puede encontrar sorprendente apelaciones a la «identidad urbana» para explicar la actuación de los participantes en el debate o que este último sea expresión de la «ansiedad» de la sociedad londinense, generada por la modernización de la ciudad en la primera mitad del siglo XIX. De la misma manera, la secuencia final que conduce a la recomendación del traslado del mercado por la Cámara de los Comunes, en definitiva la imposición del criterio del Parlamento sobre el de la ciudad, ejemplifica las complejidades de la toma de decisiones en presencia de con-

flictos de intereses y corresponde a un tipo de caso estudiado en la literatura sobre políticas públicas, del que se podría haber obtenido inspiración analítica y perspectiva comparada. De igual modo, con el aparato conceptual del enfoque institucionalista en economía, la comprensión del funcionamiento de este tipo de mercado habría conducido a una presentación distinta del «sistema Smithfield». Por último, también debe mencionarse que en estas páginas hay una escasa atención al escenario social en el que se produce el debate y posterior traslado del mercado. No es necesario recordar la evolución de las condiciones de vida de la población trabajadora inglesa y la londinense en particular, estudiada por ejemplo, por L.D. Schwarz en su monografía sobre Londres en la era de la industrialización, para considerar que, en una ciudad con notables diferencias sociales internas, amplios sectores de la población quedaban al margen de los contenidos en discusión o de las mencionadas «ansiedades» expresadas en la discusión pública. No parece, sin embargo, que ello debiera expresar necesariamente un «conflicto de clases» como, al parecer, la autora preveía o tomaba como hipótesis. Las tensiones de entonces, probablemente, se manifestaban en otros ámbitos del espacio social de la ciudad.

Hechas las salvedades anteriores, *Meat, Commerce and the City*, con su énfasis en lo que representó para los gobiernos y actores económicos y, en general, para la formación de la cultura urbana industrial, la gestión de los problemas del abastecimiento de un alimento tan específico de la modernidad como la carne, será un lectura

valiosa para aquellos investigadores interesados en este modo de hacer historia de la alimentación.

**Francisco Muñoz-Pradas**

Universitat Autònoma de Barcelona

Ramon Garrabou Segura y Manuel González de Molina, eds.

**La reposición de la fertilidad en los sistemas agrarios tradicionales**

Barcelona, Icaria, 2010, 319 páginas

Quince años después de la aparición del libro coordinado por José Manuel Naredo y Ramón Garrabou, *La fertilización en los sistemas agrarios, Una perspectiva histórica* (Madrid, Fundación Argentaria/Visor, 1996), que fue producto de unos fructíferos encuentros interdisciplinares en Valsain (Segovia), en 2010 apareció una nueva recopilación de trabajos sobre la cuestión de la fertilización en las agriculturas orgánicas que pone de relieve la continuidad en la reflexión y el empeño por seguir mejorando las herramientas y los enfoques de aproximación a unos interrogantes que sólo pueden ser resueltos desde un profundo conocimiento técnico, y que al mismo tiempo tienen gran relevancia para la comprensión de los sistemas agrarios, sus equilibrios y sus procesos de transformación. El libro que ahora comentamos, sucesor declarado del anteriormente citado, supone avances notables en términos metodológicos, así como en los resultados obtenidos.

Los procesos bioquímicos que se producen en el suelo y permiten la nutrición vegetal constituyen algo así como la caja

negra de la agricultura. Aunque los resultados productivos dependen de una amplia diversidad de factores (variedades escogidas, resistencia a la enfermedades y plagas, radiación solar,...), los mecanismos de gestión de la fertilidad son un factor central en el proceso de crecimiento vegetal, juntamente con las disponibilidades hídricas. Su comprensión es crucial para la interpretación de los procesos de crecimiento agrario, sus límites y su sostenibilidad, pero al mismo tiempo su análisis es complejo, especialmente cuando se proyecta hacia el pasado. Se trata de una cuestión de bastante calado técnico, para el abordaje de la cual el historiador requiere la colaboración y soporte de los especialistas adecuados. En este sentido, es de justicia remarcar que el libro editado por Garrabou y González de Molina es fruto de una estrecha y poco habitual colaboración interdisciplinar entre historiadores rurales e investigadores procedentes de la ecología, la fisiología vegetal y la agronomía.

El libro no se limita a recopilar datos y describir la diversidad de técnicas de fertilización, desde el estercolado hasta el